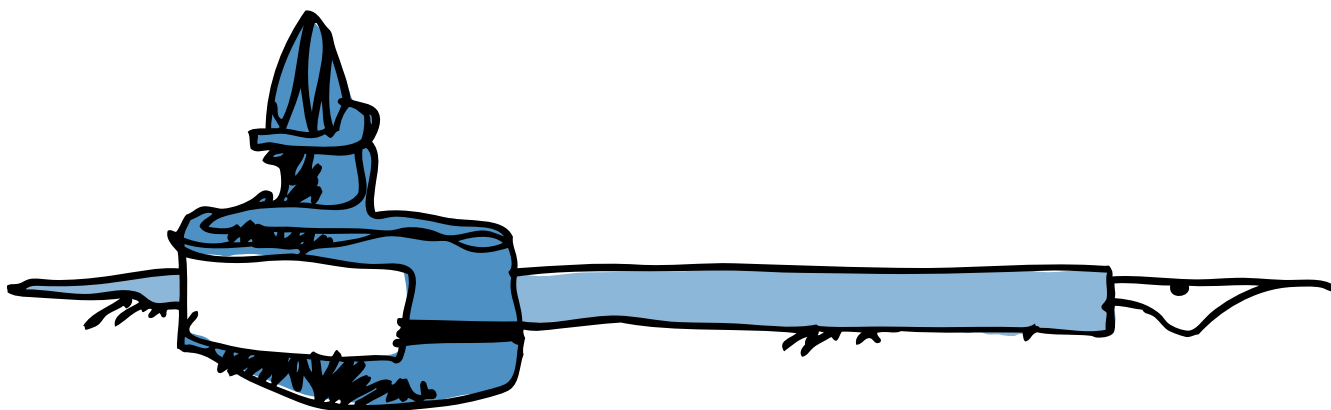


# *Los enormes retos de la educación superior en nuestro país*

*Benjamín Chacón Castillo*



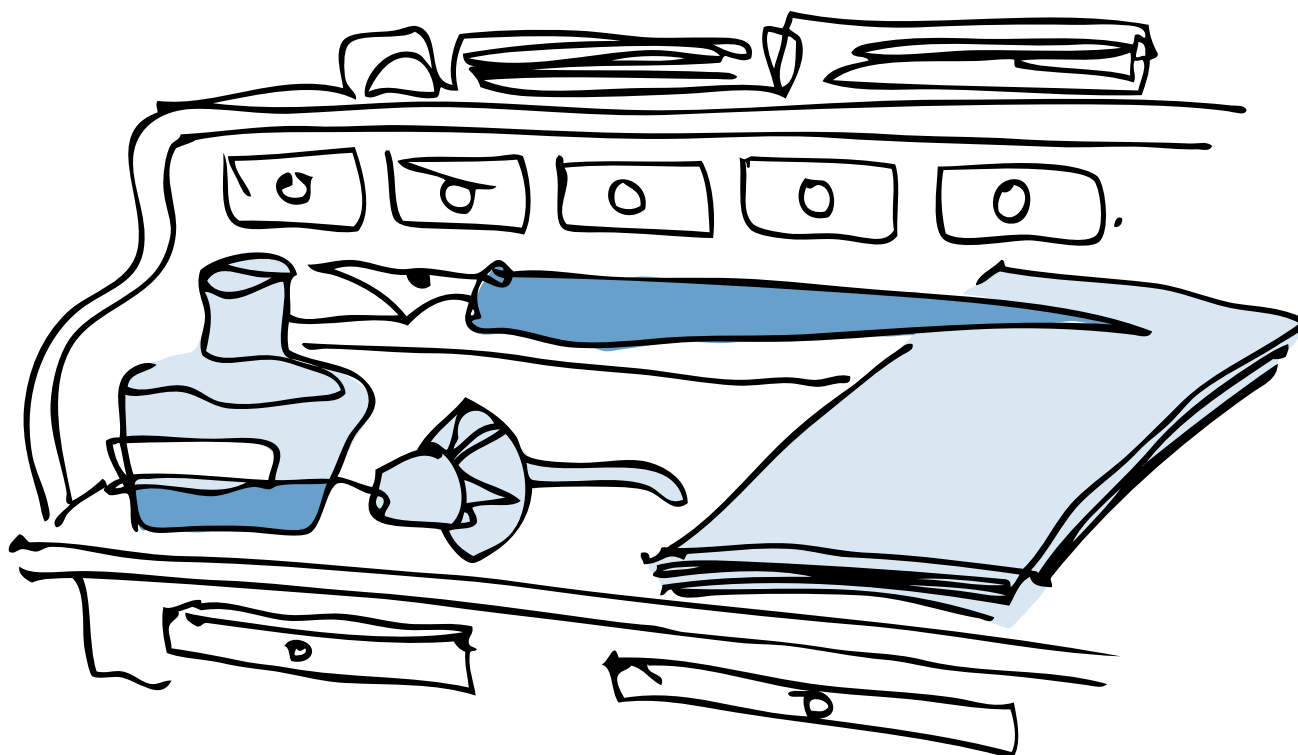
La educación en México no ha podido estar a la altura de las circunstancias que hoy imperan en un mundo globalizado como en el que vivimos. De hecho, la globalización nos impone condiciones de una mayor competencia económica en la que nos estamos quedando atrás. Conviene hacer una revisión autocrítica de cómo está funcionando nuestro sistema educativo para que, más allá de únicamente saber qué es lo que está fallando, nos pongamos a trabajar para hacer las correcciones que sean necesarias con el objeto de que la educación sea realmente la piedra angular para la competitividad y el desarrollo de los mexicanos.

De acuerdo con especialistas en la materia y con rectores de instituciones de educación superior públicas y privadas, son tres los principales retos que enfrentamos: la cobertura, la calidad y el financiamiento; sabemos que estos son los problemas, pero ¿sabemos qué políticas públicas deben diseñarse y ponerse en marcha para corregirlos?, ¿están todos los actores involucrados dispuestos a poner de su parte y a sacrificar sus intereses personales o de grupo en pro de una mejor educación?, vista ésta como pieza fundamental para el desarrollo individual y social, así como para una mayor participación económica y política en el desarrollo nacional.

En el tema de la cobertura, en el nivel superior México alcanza a atender a aproximadamente 26% de la demanda, mientras que otros países cubren alrededor de 60%.

Al iniciar su gobierno, el Presidente Felipe Calderón ha manifestado el firme propósito de aumentar la cobertura a alrededor de 30%. Como consecuencias del déficit de cobertura se presentan circunstancias como una frustración social al no poder un ciudadano acceder a la educación, motivando la pérdida de oportunidades y de talentos; adicionalmente, y ante la falta de cobertura, han proliferado escuelas y universidades privadas de dudosa calidad. Sin embargo, y ante la falta de cobertura necesaria, tales institutos educativos están atendiendo la demanda faltante, por lo que es imperativa la regulación de su funcionamiento a fin de garantizar una enseñanza de buena calidad. Y si hablamos del porcentaje de la población con una edad mayor a los 25 años que cuenta con educación superior, México arroja un resultado de 16% en comparación con el promedio de la OCDE, que es de 24%, 38% de los Estados Unidos y 25% de España.

Otro de los retos que enfrentamos en el tema de la educación es precisamente el de la calidad. Es de vital importancia que nuestras jóvenes generaciones salgan bien preparadas para hacer frente con éxito a una creciente competencia económica que domina en un mundo global en el que el nuevo paradigma del crecimiento es la economía del conocimiento. El desarrollo de nuevos conocimientos requiere de una inversión en la formación de capital humano de buena calidad. Es preciso que los indicadores e instrumentos, así como las instituciones de evaluación de la calidad de la educación, sean uniformes



y homogéneos cuando menos en los aspectos básicos que atienden los programas y planes de estudio; también es preciso que las mismas reglas apliquen del mismo modo para todos, buscando también que se evalúe a todas las universidades sin distinción alguna. Lo anterior se tiene que hacer con fundamento en la definición puntual de criterios de eficiencia educativa, es decir, se trata de responder a la pregunta de si la educación provee a los estudiantes de las capacidades necesarias para la competencia. En el nivel superior es urgente fortalecer el área de la investigación y de la innovación tecnológica, ya que ésta nos favorecerá en el crecimiento económico. Una muestra de ello es que la gran mayoría de los investigadores mexicanos tienen una edad promedio de entre 60 y 70 años, y la plantilla de académicos ostenta unos 53 años de edad promedio, por lo que urge formar nuevos investigadores y generar las oportunidades para que se queden en México y contribuyan a su desarrollo. Finalmente, debemos vincular más estrechamente a las universidades y educandos con los sectores productivos y sociales del país.

Por último está el elemento primordial, sin el cual todo lo anterior no pudiera llevarse a cabo: el financiamiento. Es preciso dar a la educación recursos suficientes preferentemente con la aprobación de presupuestos multianuales; eso permitirá hacer planes y estrategias educativas a mediano y largo plazo. De acuerdo con datos de la OCDE, los esfuerzos que México hace por la

educación superior parecen no estar tan lejos del promedio de los países miembros del organismo; por ejemplo, erogamos un gasto anual por alumno de 5 mil 298 dólares contra un promedio OCDE de 7 mil 299 dólares; se gasta anualmente por cada alumno 57% del PIB per cápita contra 34% promedio OCDE. Y aunque el gasto federal para educación superior como porcentaje del PIB va en aumento, es preciso hacer más eficiente este gasto, distribuirlo adecuadamente entre las universidades y que éstas los apliquen con criterios de transparencia y rendición de cuentas, de modo que la información financiera y los resultados de las evaluaciones estén accesible en cualquier momento; adicionalmente, debe darse énfasis a la inversión en programas que mejoren la calidad de la educación.

Como vemos, tenemos una gran tarea por hacer, es preciso que todos los actores implicados, gobierno, académicos e investigadores, sindicatos y sociedad civil pongamos todo de nuestra parte y demos prioridad al interés nacional más que a los particulares, recordando que sólo un financiamiento que se ajuste a la realidad de la situación –y aplicado eficientemente– permitirá la ampliación de la cobertura de educación de calidad que nos dote de las capacidades para ser competitivos a nivel global, favoreciendo asimismo el desarrollo personal, social y nacional. ■